

La PRIMERA LEY

Libro tercero

**EL ÚLTIMO
ARGUMENTO
DE LOS REYES**

JOE ABERCROMBIE

Traducción de Borja García Bercero
Revisión de Manu Viciano

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Last Argument of Kings*

Publicado originalmente en inglés por Gollancz, un sello de Orion Publishing Group, Londres.

Primera edición: 2009

Primera edición ilustrada: 2023

Copyright © Joe Abercrombie, 2008. All rights reserved

© de las ilustraciones y la cubierta: Francisco Vegas Molina, 2023

© de la traducción: Borja García Bercero, 2009

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-475-6

Depósito legal: M. 24.333-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para los cuatro lectores.
Ya sabéis quiénes sois.*

Primera parte

«Siendo la vida lo que es, lo único con lo que uno sueña es con vengarse.»

Paul Gauguin

La industria del veneno

El superior Glokta estaba de pie en el vestíbulo, esperando. Al estirar su cuello contraído primero a un lado y luego al otro, oyó los habituales chasquidos y sintió las habituales cuerdas de dolor tensándose en los enmarañados músculos de entre las escápulas. *¿Por qué lo hago si siempre me duele? ¿Por qué necesitamos poner a prueba el dolor? ¿Por qué lamer la llaga, restregar la ampolla, hurgar la costra?*
—¿Y bien? —espetó.

La única respuesta que obtuvo del busto de mármol que había al pie de la escalinata fue un desdeñoso silencio. *Y de eso ya recibo más que suficiente.* Glokta se apartó con paso renqueante, arrastrando su pierna inútil por las baldosas mientras el golpeteo de su bastón resonaba entre las molduras del alto techo.

De entre los grandes nobles del Consejo Abierto, lord Ingelstad, el propietario de aquel vestíbulo desmesurado, era un hombre francamente disminuido. El cabeza de una familia cuya fortuna había ido declinando con los años, cuya riqueza e influencia habían menguado hasta reducirse casi a la nada. *Y cuanto más menguado el hombre, más hinchadas son sus pretensiones. ¿Cómo es que nunca se dan cuenta? Las cosas pequeñas parecen aún más pequeñas en los lugares grandes.*

Desde algún rincón envuelto en sombras un reloj vomitó unas campanadas cansinas. *Ya llega tarde. Cuanto más menguado el hombre,*

más se permite el lujo de hacerte esperar. Pero sé tener paciencia, si hace falta. A fin de cuentas, no me aguardan deslumbrantes banquetes, ni enervadas multitudes, ni hermosas mujeres que suspiren por mí. Ya no. Los gurkos se ocuparon de eso, en la oscuridad bajo las prisiones del emperador. Apretó la lengua contra sus encías desnudas y gruñó al cambiar de posición la pierna y sentir el agujonazo que subió disparado por su espalda e hizo que le palpitara el párpado. *Sé tener paciencia. Es lo único bueno de que cada paso sea un martirio. Pronto se aprende a andar con cuidado.*

La puerta que tenía a un lado se abrió de golpe y Glokta giró bruscamente la cabeza, procurando ocultar la mueca de dolor cuando le crujieron los huesos del cuello. En el umbral apareció Lord Ingelstad, un hombre corpulento y rubicundo de aspecto paternal. Dedicó a Glokta una sonrisa amistosa y le hizo señas de que pasara a la sala. *Casi como si esto fuese de una visita de cortesía, y bien recibida, por cierto.*

—Disculpad que os haya hecho esperar, superior. ¡He tenido tantas visitas desde que llegué a Adua que la cabeza me da vueltas! —*Esperemos que con tantas vueltas no salga volando*—. ¡Muchísimas visitas!

Visitas acompañadas de ofertas, sin duda. Ofertas por tu voto. Ofertas por tu colaboración para elegir a nuestro próximo rey. Pero la mía, creo, te dolerá rechazarla.

—¿Os apetece un poco de vino, superior? —ofreció Ingelstad.

—No, milord, muchas gracias. —Glokta renqueó dolorido por el umbral—. No os entretendré mucho. Yo también ando bastante atareado.

Las elecciones no se amanían ellas solas, por si no lo sabías.

—Desde luego, desde luego. Tomad asiento, por favor. —Ingelstad se dejó caer alegremente en una butaca y le señaló otra. Glokta tardó un tiempo en acomodarse, en descender con cautela y mover las caderas hasta dar con una postura en que la espalda no lo martirizara—. ¿Y qué es lo que queríais tratar conmigo?

—Vengo en nombre del arquitecto Sult. Confío en no ofenderos si os hablo sin tapujos, pero su eminencia quiere vuestro voto.

Las carnosas facciones del noble se contrajeron fingiendo asombro. *Muy mal fingido, por cierto.*

—No estoy seguro de entenderos. ¿Mi voto en relación con qué asunto?

Glokta se secó la humedad de la cara bajo el ojo lloroso. *¿De verdad tenemos que hacer este baile tan indigno? A ti te falla la figura para eso, y a mí las piernas.*

—Con el asunto de quién ocupará el trono, lord Ingelstad.

—Ah, eso. —*Sí, eso, imbécil*—. Veréis, superior Glokta, espero no decepcionaros a vos ni a su eminencia, un hombre por el que siento el máximo respeto. —Inclinó la cabeza en un exagerado despliegue de humildad—. Pero debo deciros que, en conciencia, no puedo dejarme influir en un sentido u otro. Considero que en mí, y en todos los miembros del Consejo Abierto, se ha depositado una confianza sagrada. Los lazos del deber me obligan a votar por quien me parezca el mejor candidato de entre los numerosos y excelentes hombres disponibles.

Ingelstad adoptó una sonrisa de la más absoluta suficiencia. *Bonito discurso. Hasta puede que un cateto llegara a creérselo. ¿Cuántos iguales o similares llevo oídos estas semanas? Por tradición, ahora vendría el regateo. El debate sobre cuánto vale exactamente una confianza sagrada. Cuánta plata pesa más que una conciencia. Cuánto oro se necesita para cortar los lazos del deber. Pero hoy no estoy de humor para regateos.*

Glokta alzó mucho las cejas.

—Debo felicitaros por tan noble postura, lord Ingelstad. Si todo el mundo tuviera vuestro carácter, viviríamos en un mundo mucho mejor. Una postura ciertamente noble, sobre todo teniendo tanto que perder. Ni más ni menos que todo, diría yo. —Hizo una mueca de dolor al coger el bastón con una mano y balancearse trabajosamente hacia el borde de la butaca—. Pero, visto que no puedo influir sobre vos, me retiro.

—No entiendo a qué os referís, superior —respondió el noble, con la inquietud reflejada de forma patente en su rollizo rostro.

—¿A qué va a ser, lord Ingelstad? A vuestros turbios negocios. Las rubicundas mejillas perdieron buena parte de su color.

—Debe de tratarse de un error.

—No, no, os lo aseguro. —Glokta sacó los pliegos de confesión del bolsillo interior de su gabán—. Vuestro nombre se menciona a menudo en las confesiones de varios dirigentes del Gremio de los Sederos, ¿sabéis? Muy a menudo. —Sostuvo los crepitantes folios de modo que ambos pudieran verlos—. En esta se refieren a vos, y entienda que no son palabras mías, como «cómplice». Aquí como «principal beneficiario» de una operación de contrabando de lo más sucia. Y aquí, como veréis, aunque casi me sonroja mencionarlo, vuestro nombre y el término «traición» aparecen muy próximos uno al otro.

Ingelstad se derrumbó en su butaca y dejó la copa con torpeza sobre la mesa que tenía al lado, derramando un poco de vino en la madera pulida. *Huy, eso habría que limpiarlo. Deja unas manchas horribles, y hay manchas que son imposibles de quitar.*

—Su eminencia, que os tiene por un amigo —prosiguió Glokta—, ha evitado que vuestro nombre aparezca en las pesquisas preliminares, por el bien de todos. El archilector sabe que solo tratabais de invertir el declive de vuestra familia, y no carece de comprensión. No obstante, si lo defraudarais en esta cuestión de los votos, su comprensión se agotaría de inmediato. ¿Entendéis lo que le quiero decir?

Me parece que lo he dejado meridianamente claro.

—Desde luego —graznó Ingelstad.

—¿Qué hay de los lazos del deber? ¿Los notáis ya más flojos?

El noble tragó saliva, con las mejillas completamente desprovistas de color.

—Ardo en deseos de servir a su eminencia en todo lo posible, claro, pero el caso es que... —*¿Qué viene ahora? ¿Una oferta desesperada? ¿Un soborno como último recurso? ¿Una apelación a mi conciencia, incluso?—*. Bueno, ayer vino a verme un representante del juez Marovia, un tal Harlen Morrow, con unos argumentos bastante similares... y unas amenazas no muy distintas.

Glokta frunció el ceño. *Vaya, vaya. Marovia y su pequeño gusano. Siempre un paso por delante, o un paso por detrás. Pero nunca demasiado lejos.* La voz de Ingelstad adquirió un tono chillón.

—¿Qué voy a hacer? ¡No puedo apoyar a los dos! ¡Superior, me marcharé de Adua y no volveré a pisarla! Me... me abstendré de votar...

—¡No haréis tal cosa! —siseó Glokta—. ¡Votaréis como yo os diga y al diablo con Marovia! —*¿Hay que seguir pinchando? Desagradable, pero sea. ¿Acaso no me he manchado ya los brazos hasta el codo? Hurgar en una o dos cloacas más apenas supondrá diferencia.* Suavizó la voz hasta convertirla en un untuoso ronroneo—. Ayer vi a vuestras hijas en el parque. —Al oírlo, la cara del noble perdió el último vestigio de color—. Tres jóvenes inocentes, ya casi unas mujercitas, vestidas al último grito y a cuál más hermosa. ¿La más joven qué tiene, quince años?

—Trece —apenas pudo responder Ingelstad.

—Ah. —Glokta retrajo los labios para mostrar su sonrisa desdentada—. Qué pronto ha florecido. Nunca habían visitado Adua, ¿me equivoco?

—No —respondió Ingelstad casi en un susurro.

—Ya decía yo. Su entusiasmo y su alegría mientras paseaban por los jardines del Agriont eran encantadores. Seguro que ya han llamado la atención de todos los solteros de la capital. —Dejó que su sonrisa se fuera desvaneciendo—. Me partiría el alma, lord Ingelstad, ver de pronto a esas tres criaturas tan delicadas arrastradas a una de las instituciones penales más duras de Angland. A un lugar donde la belleza, la alcurnia y la delicadeza de carácter despiertan una atención muy distinta y mucho menos grata. —Glokta afectó con maestría un estremecimiento consternado mientras se inclinaba despacio hacia delante para susurrar—: No le desearía una vida como esa ni a un perro. Y todo a causa de las indiscreciones de un padre que tenía al alcance de la mano los medios para impedirlo.

—Pero mis hijas no estaban implicadas en...

—¡Estamos eligiendo al nuevo rey! ¡Todo el mundo está implicado!

Un poco duro tal vez. Pero los tiempos duros requieren medidas duras. Glokta se levantó con dificultad y su mano osciló en la empuñadura del bastón por el esfuerzo.

—Haré saber a su eminencia que cuenta con vuestro voto —concluyó.

Ingelstad se derrumbó por completo. *Como un odre de vino acuchillado*. Los hombros se le hundieron y la cara se le desencajó de horror y desesperación.

—Pero el juez supremo... —susurró—. ¿Es que no tenéis piedad?

Glokta solo pudo encogerse de hombros.

—La tuve. De niño era tan blando de corazón que casi parecía estúpido. Solo con ver a una mosca atrapada en una telaraña me ponía a llorar, os lo aseguro. —Torció el gesto al sentir un espasmo brutal en la pierna cuando se volvió hacia la puerta—. El dolor incesante me curó de eso.

Era una pequeña reunión íntima. *Aunque no puede decirse que la compañía inspire calidez*. Los ojos de pájaro del superior Goyle brillaban en su rostro huesudo, desde el extremo opuesto de la redonda y enorme mesa en el redondo y enorme despacho, mientras contemplaba a Glokta. *Y con escaso afecto, diría yo*.

La atención de su eminencia el archilector, el líder de la Inquisición de Su Majestad, estaba centrada en otra parte. En trescientas veinte hojas fijadas a la pared curva, ocupando cerca de la mitad de la cámara. *Una por cada gran corazón de nuestro noble Consejo Abierto*. La brisa que entraba por los ventanales las hacía crepitar suavemente. *Pequeñas hojas que revolotean para pequeños votos que revolotean*. Cada una de ellas estaba marcada con un nombre. *Lord tal, lord cual, lord no sé qué de no sé dónde. Grandes y pequeños hombres. Unos hombres cuyas opiniones, por lo general, le traían al fresco a todo el mundo hasta que el príncipe Raynault se cayó de la cama a la tumba*.

Muchas de las páginas lucían un pegote de cera de color en una esquina. Algunas tenían dos, e incluso tres. *Lealtades. ¿Cuál será el sentido de su voto? Azul por lord Brock, rojo por lord Isber, negro por Marovia, blanco por Sult, etcétera. Todos susceptibles de cambio, por supuesto, según sople el viento*. Más abajo había líneas escritas con una caligrafía pequeña y apretada. Demasiado pequeña para que

Glokta pudiera leerla desde donde estaba sentado, pero sabía lo que decía. *Su esposa fue puta. Tiene debilidad por los jovencitos. Bebe más de la cuenta. Asesinó a un sirviente en un ataque de rabia. Deudas de juego a las que no puede hacer frente. Secretos. Rumores. Mentiras. Las herramientas de este noble oficio. Trescientos veinte nombres e idéntico número de pequeñas historias sórdidas, todas listas para desempolvallas, y desenterrarlas, y aprovecharlas. Política. Sin duda, la obra de los justos.*

Entonces, ¿por qué lo hago? ¿Por qué?

El archilector tenía preocupaciones más acuciantes.

—Brock sigue en cabeza —murmuró en un tono agrio, contemplando el vaivén de los papeles con las manos, enguantadas en blanco, entrelazadas a la espalda—. Tiene cerca de cincuenta votos, más o menos seguros. —*Todo lo seguros que pueden ser en estos tiempos inseguros*—. Isher le sigue de cerca con cuarenta o más a su favor. Skald ha hecho avances recientes, por lo que sabemos. Ha resultado ser bastante más implacable de lo que esperábamos. Tiene casi en el bolsillo a la delegación de Starikland, lo cual supone quizá unos treinta votos. Los mismos que tiene Barezin. Tal y como están las cosas, esos cuatro son los principales aspirantes.

Pero ¿quién sabe? Quizá el rey viva un año más, y para cuando haya que votar ya nos hayamos matado unos a otros. Glokta tuvo que contener una sonrisa al pensarlo. La Rotonda de los Lores sembrada de cadáveres lujosamente ataviados, los de todos los grandes nobles de la Unión y los doce miembros del Consejo Cerrado. *Cada uno de ellos apuñalado en la espalda por el hombre de al lado. La desagradable realidad del gobierno...*

—¿Habéis hablado con Heugen? —espetó Sult.

Goyle levantó de golpe su cabeza medio calva y miró a Glokta con bullente irritación.

—Lord Heugen sigue aferrándose a la vana ilusión de que puede ser nuestro próximo monarca, pese a no controlar más de doce escaños con certeza. Apenas tuvo tiempo de escuchar nuestra oferta, de lo ocupado que estaba rapiñando más votos. Puede que dentro de una o dos semanas entre en razón. Quizá entonces sea posible

atraerlo a nuestro bando, aunque tengo mis dudas. Es más probable que se vaya con Isher. Según tengo entendido, esos dos siempre han estado bastante unidos.

—Pues que les vaya bien —bufó Sult—. ¿Qué hay de Ingelstad? Glokta se rebulló en su asiento.

—Le expuse vuestro ultimátum con toda contundencia, eminencia.

—Entonces, ¿podemos contar con su voto?

¿Cómo se lo explico?

—No me atrevería a asegurarlo. El juez Marovia le ha hecho prácticamente las mismas amenazas que nosotros por medio de su hombre, Harlen Morrow.

—¿Morrow? ¿No era un lameculos de Hoff?

—Al parecer, ha subido en la escala social.

O ha bajado, según se mire.

—Podríamos ocuparnos de él. —El rostro de Goyle mostraba una expresión de lo más repugnante—. Sería muy fácil.

—¡No! —restalló Sult—. ¿Cómo es posible, Goyle, que tan pronto como surge un problema con alguien, quieras cargártelo? De momento tenemos que andarnos con cuidado, mostrarnos como hombres razonables y abiertos a la negociación. —Se acercó a zancadas a la ventana y la radiante luz solar destrelló púrpura a través de la enorme gema del anillo de su cargo—. Entretanto, la tarea de gobernar el país se ha dejado a un lado. No se recaudan los impuestos. No se castigan los delitos. ¡Ese cabrón al que llaman el Curtidor, ese demagogo, ese traidor, habla en público en las ferias de las aldeas, exhortando a la rebelión abierta! A diario ya, los campesinos abandonan sus granjas y se dedican al bandolerismo, cometiendo todo tipo de desmanes y robos. El caos se extiende y carecemos de recursos para erradicarlo. En Adua solo quedan dos regimientos de la Guardia Real, que apenas dan abasto para mantener el orden en la ciudad. ¿Y si uno de nuestros nobles lores se cansa de esperar y decide probar a hacerse con la corona antes de tiempo? ¡No me extrañaría de ellos!

—¿Regresará pronto el ejército del Norte? —preguntó Goyle.

—Es poco probable. El zoquete del mariscal Burr lleva tres meses apoltronado frente a Dunbrec, dando a Bethod tiempo de sobra para reagruparse al otro lado del Torrente Blanco. ¡A saber cuándo acabará por fin el trabajo, si es que lo acaba!

Meses empleados en destruir nuestra propia fortaleza. Casi entran ganas de desear que no hubiéramos puesto tanto empeño al construirla.

—Veinticinco votos. —El archilector contempló ceñudo los papeles que crepitaban en las paredes—. ¿Nosotros veinticinco y Marovia dieciocho? ¡Apenas hacemos progresos! ¡Por cada voto que ganamos, se nos escapa otro en alguna otra parte!

Goyle se inclinó hacia delante en su silla.

—Quizá, eminencia, haya llegado el momento de hacer una visita a nuestro amigo de la Universidad...

El archilector soltó un bufido iracundo y Goyle cerró la boca de golpe. Glokta echó un vistazo por el gran ventanal, haciendo como si no hubiera oído nada fuera de lo normal. Los seis destaralados chapiteles de la Universidad dominaban la vista. *Pero ¿qué ayuda puede llegar de ahí? ¿De las ruinas y del polvo y de esos viejos imbéciles de los adeptos?*

Sult no le dio demasiado tiempo para meditar la cuestión.

—Yo mismo hablaré con Heugen. —Clavó un dedo en un papel—. Goyle, escribe al gobernador Meed y trata de obtener su apoyo. Glokta, concierta una entrevista con lord Wetterlant. Todavía no se ha pronunciado en ningún sentido. Y ahora, largo de aquí los dos. —Sult dio la espalda a sus hojas llenas de secretos y miró fijamente a Glokta con sus acerados ojos azules—. ¡Largo de aquí y... traedme... votos!

Ser jefe

—¡Que noche más fría! —exclamó el Sabueso—. ¿No estábamos en verano?

Los tres alzaron la vista. El que estaba más cerca era un hombre viejo, de pelo gris y una cara que parecía haber pasado tiempo a la intemperie. Justo detrás había un hombre más joven, al que le faltaba el brazo izquierdo a la altura del codo. El tercero, no más que un niño, estaba de pie al final del muelle mirando ceñudo el mar oscuro.

El Sabueso fingió una cojera de las feas mientras se les acercaba, arrastrando una pierna y haciendo muecas de dolor. Llegó renqueando bajo el farol, que colgaba de su alto poste con la campana de alarma al lado, y alzó la cantimplora para que todos la vieran.

El viejo sonrió y apoyó su lanza en el muro.

—Siempre hace frío al lado del agua. —Se le acercó frotándose las manos—. Menos mal que vienes tú para que entremos en calor, ¿eh?

—Sí. Salud a todos.

El Sabueso le quitó el tapón a la cantimplora y lo dejó colgando. Levantó un tazón y sirvió un chorrito.

—Qué necesidad hay de ser tan tímido, ¿eh, amigo?

—Ninguna, supongo.

El Sabueso le sirvió un poco más. El manco tuvo que dejar la lanza cuando le pasaron el tazón. El último en acercarse fue el muchacho, que se quedó mirando al Sabueso, receloso. El anciano le dio un codazo.

—¿Seguro que a tu madre no le importa que bebas, chico?

—¿Qué más da lo que ella diga? —gruñó el chaval, intentando que su voz sonara áspera.

El Sabueso le pasó un tazón.

—Si tienes edad para sostener una lanza, también la tienes para sostener un tazón, me parece a mí.

—¡La tengo! —espetó el chico mientras le arrebatava el tazón al Sabueso.

Pero se estremeció al beberlo. El Sabueso recordó su primer trago, lo fatal que le sentó y cómo se había preguntado a qué venía tanta historia con eso de beber, y sonrió para sus adentros. El muchacho debió de creer que se estaba riendo de él.

—¿Y tú quién eres, si puede saberse?

El anciano chasqueó la lengua.

—No le hagas caso. Es tan joven que aún cree que la grosería hace que te respeten.

—No pasa nada —dijo el Sabueso. Se sirvió un tazón, dejó la cantimplora en los adoquines y se tomó un momento para pensar lo que iba a decir y asegurarse de no cometer errores—. Me llamo Cregg. —Había conocido a alguien llamado así que murió en una escaramuza en las montañas. No le había caído muy bien y no tenía ni idea de por qué le vino ese nombre a la cabeza, pero supuso que en realidad le valía cualquiera. Se palmeó el muslo—. Me pincharon en la pierna allá arriba, en Dunbrec, y no se ha curado bien. Ya no puedo hacer marchas. Parece que se acabó lo de estar en el frente, así que mi jefe me ha mandado aquí para vigilar el agua con vosotros. —Echó un vistazo al mar, que se agitaba y centelleaba bajo la luz de la luna como un ser vivo—. Tampoco es que lo lamente mucho. La verdad es que ya llevo demasiadas batallas encima.

Aquella parte, al menos, no era mentira.

—Te entiendo —dijo el manco, meneando el muñón ante la cara del Sabueso—. ¿Cómo van las cosas ahí arriba?

—Bien. La Unión sigue acampada fuera de su propia muralla, intentando colarse por todos los medios, y nosotros seguimos al otro lado del río esperándolos. Ya llevamos semanas así.

—Dicen que algunos de los nuestros se han pasado a la Unión. Dicen que el viejo Tresárboles estaba allá arriba y murió en la batalla.

—Rudd Tresárboles era un gran hombre —dijo el viejo—. Un gran hombre.

—Sí —asintió el Sabueso—. Vaya si lo era.

—Pero he oído que el Sabueso ocupó su sitio —terció el manco.

—¿Estás seguro?

—Eso he oído. Menudo cabronazo. Un tipo enorme. Le llaman el Sabueso porque una vez le arrancó a una mujer las tetas a mordiscos.

El Sabueso parpadeó.

—¿Ah, sí? Bueno, yo no le he visto por allí.

—Dicen que Nueve el Sanguinario estaba allá arriba —susurró el muchacho, abriendo mucho los ojos como si hablara de un fantasma.

Los otros dos soltaron un resoplido.

—El hijo de puta del Sanguinario está muerto, chico, y bien que me alegro. —El manco se estremeció—. ¡No sé de dónde has sacado esa idea!

—Lo he oído decir, nada más.

El viejo se echó al gznate otro trago de grog y chasqueó los labios.

—Da bastante igual quién esté dónde. Seguro que la Unión se aburrirá cuando haya recobrado su fortaleza. Se hartarán y se volverán a casa al otro lado del mar, y entonces todo volverá a ser como antes. Lo que no van a hacer es bajar aquí a Uffrith.

—No —dijo alegremente el manco—. Aquí no vendrán.

—Entonces, ¿qué hacemos vigilando por si aparecen? —se quejó el muchacho.

El viejo revolvió los ojos, como si se lo hubiera oído decir veinte veces y siempre le hubiera dado la misma respuesta.

—Porque es el trabajo que nos mandan hacer, muchacho.

—Y cuando tienes un trabajo, más vale hacerlo bien. —El Sabueso recordaba que Logen solía decirle eso, y también Tresárboles. Los dos estaban muertos, de vuelta al barro, pero aquello seguía siendo tan cierto como siempre—. Aunque sea un trabajo aburrido, o peligroso, o un trabajo oscuro. Aunque sea un trabajo que preferirías no hacer.

Mierda, qué ganas tenía de mear. Siempre le entraban en momentos como ese.

—Muy cierto —dijo el anciano, mirando su tazón con una sonrisa—. Las cosas hay que hacerlas.

—Pues sí. Pero es una pena. Parecís bastante buena gente —respondió el Sabueso, llevándose una mano a la espalda como si fuera a rascarse el culo.

—¿Una pena? —El chico parecía desconcertado—. ¿Por qué es una...?

Fue entonces cuando Dow apareció a su espalda y le rebanó el pescuezo.

Casi al mismo tiempo, la sucia mano de Hosco se cerró sobre la boca del manco y la punta ensangrentada de una daga asomó por la abertura de su manto. El Sabueso saltó hacia delante y asestó al viejo tres rápidas puñaladas en las costillas. El hombre jadeó, trastabilló con los ojos desorbitados y el tazón colgando aún de la mano, babeando saliva mezclada con grog. Luego se desplomó.

El chaval se arrastró un trecho por el suelo. Se apretaba el cuello con una mano para tratar de impedir que saliera la sangre mientras estiraba la otra hacia el poste del que colgaba la campana. Había que tener redaños para preocuparse por la campana teniendo el cuello rajado, pensó el Sabueso, pero el chico solo pudo arrastrarse un paso más antes de que Dow le pisoteara la nuca y se la aplastara.

El Sabueso contrajo la cara al oír el crujido de los huesos del muchacho. Seguro que no merecía esa muerte. Pero así eran las gue-

rras. Montones de gente muriendo sin merecérselo. El trabajo tenía que hacerse, y ellos lo habían hecho, y los tres seguían con vida. Era lo más que podía esperarse de un trabajo como ese, pero aun así le dejó un regusto amargo en la boca. Nunca le había resultado fácil, pero desde que era jefe le costaba aún más. Era raro que fuese mucho más fácil cargarse a alguien si había alguien diciéndote que lo hicieras. Un asunto duro, matar. Más de lo que uno pensaría.

A no ser que uno se llame Dow el Negro, claro. Al muy cabrón no le costaba más matar que echar una meada. Por eso era tan condenadamente bueno. El Sabueso vio cómo Dow se agachaba, le quitaba el manto al cuerpo inerte del manco, se lo echaba sobre los hombros y empujaba el cadáver rodando al mar como quien tira basura.

—Tienes dos brazos —dijo Hosco, que ya se había puesto el manto del viejo.

Dow se miró.

—¿Y qué quieres decirme con eso? ¡No voy a cortarme un brazo para ir mejor disfrazado, pedazo de idiota!

—Se refiere a que lo escondas. —El Sabueso vio que Dow limpiaba un tazón con un dedo mugriento, se servía un trago y se lo echaba al gazzate—. ¿Cómo puedes beber en un momento como este? —preguntó mientras arrancaba el manto ensangrentado al cadáver del muchacho.

Dow se encogió de hombros y se puso otro trago.

—Sería una pena desperdiciarlo. Y tú mismo has dicho que hace una noche muy fría. —Compuso una sonrisa maliciosa—. Maldita sea, Sabueso, tienes un pico de oro. Me llamo Cregg. —Y avanzó cojeando un par de pasos—. ¡Me apuñalaron el culo en Dunbrec! ¿De dónde sacas esas cosas? —Dio a Hosco una palmada en el hombro con el dorso de la mano—. Lo ha hecho de puta madre, ¿a que sí? Hay una palabra para eso, ¿verdad? ¿Cómo se decía?

—Verosímil —respondió Hosco.

Los ojos de Dow destellaron.

—Verosímil. Eso es lo que eres, Sabueso. Un cabrón verosímil. Apuesto a que si les hubieras dicho que eras el mismísimo Skarling

el Desencapuchado, te habrían creído. ¡No sé cómo lo haces sin partirte de risa!

El Sabueso no estaba muy de humor para risas. No le hacía gracia mirar los dos cadáveres que quedaban en los adoquines. No se quitaba de la cabeza que el muchacho iba a coger frío sin su manto. Una gilipollez de idea, dado que el chico yacía sobre un charco de su propia sangre de una zancada de ancho.

—Déjalo estar —gruñó—. Tira a estos dos al agua y ponte en la puerta. No sabemos cuándo vendrá más gente.

—A la orden, jefe, a la orden, lo que tú digas.

Dow los arrojó a los dos al agua, desenganchó el badajo de la campana y lo lanzó también al mar por si las moscas.

—Lástima —dijo Hosco.

—¿El qué?

—Lástima de campana.

Dow le miró parpadeando.

—¿Lástima de campana, en serio? De pronto te ha dado por hablar por los codos, y ¿sabes una cosa? Creo que me gustabas más antes. ¿Lástima de campana? ¿Te has vuelto loco o qué?

Hosco se encogió de hombros.

—A lo mejor los sureños la quieren cuando lleguen.

—¡Joder, pues que se tiren al agua y busquen el badajo! —Dow levantó la lanza del manco y fue hacia la puerta abierta con una mano oculta en el manto robado, mascullando—: Lástima de campana... Por los putos muertos...

El Sabueso se puso de puntillas y desenganchó el farol. Lo alzó de cara al mar, levantó un lado del manto para cubrirlo y lo bajó. Volvió a levantarlo y bajarlo. Repitió una vez más y luego volvió a colgar el titilante farol del poste. Parecía una llama minúscula para caldear todas sus esperanzas. Una llama minúscula para que se viera allá a lo lejos en el agua, pero era lo único que tenían.

En cualquier momento esperaba que todo el asunto se fuera al traste, que se alzara un clamor en la ciudad, que cinco docenas de carls cayeran sobre ellos por esa puerta abierta y les dieran a los tres la muerte que se merecían. Pensar en ello le daba unas